

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 13 de Octubre de 1932

Núm. 494

El que más se alaba es el que menos sabe

Es un defecto de los más grandes alabarse, y casi en todas las ocasiones «el que más se alaba es el que menos sabe».

Si véis en una reunión alguna persona que se está explicando y en cada palabra siempre es él que más sabe, pensad que no es cierto todo cuanto dice.

El hombre que sabe, que tiene experiencia y talento, no lo va cantando como el sereno las horas.

Sus obras y sus actos son los que proclamarán su valer. Principalmente los niños siempre somos nosotros los que tenemos más, los que hemos hecho primero, los que sabemos más, etc. En ciertas ocasiones algún niño se había ensalzado él para humillar a un compañero.

Es repugnante alabarse a sí mismo, una persona puede creerse sabia cuando otras gentes que no tienen nada que ver con ella la alaban.

La gente que es como debe ser no se alaba porque sabe que tarde o temprano tiene su recompensa y desgraciadamente los que se alaban, son los más ignorantes en todos conceptos.

Es una gran verdad aquellas palabras «El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado».

Cumplamos con nuestro deber, no para que nos alaben, porque no debemos hacer las cosas para obtener honores y distinciones. La verdadera satisfacción consiste en el cumplimiento de nuestros deberes por cariño a nosotros mismos y a nuestros semejantes. Si pensamos así, las alabanzas se nos darán por añadidura. Nosotros no debemos buscarla nunca y mucho menos alabarnos.

La persona que es sabia siempre piensa que hay una cosa que aún no lo sabe y el ignorante piensa que no hay otra cosa más arriba.

Las personas que se alaban, casi todas son mentirosas y para decir a una persona superior que sabe tanto o más que ella, dicen una mentira.

Desgraciadamente es mucha la gente que tiene ese defecto. En una sociedad que haya una persona de esa clase, hace ir mal a toda la sociedad.

Fiestas movibles

Seguramente la mayoría de los lectores, al revisar alguna vez el Calendario, habrán podido observar que durante el transcurso del año se presentan dos clases de festividades: unas fijas y otras movibles.

Las primeras, como su mismo nombre lo indica, son las que todos los años se celebran en un mismo día del mes: Nuestra Señora de la Merced, que todos los años se celebra el 24 de Septiembre, es, por consiguiente, una fiesta

fija. Las movibles, son las opuestas a las fijas, es decir, cada año tienen lugar en distinta fecha; la Pascua de Resurrección, El Dulce Nombre de Jesús, etc., son festividades movibles.

Conocidas ya las que son fiestas fijas y fiestas movibles, pasaremos a ocuparnos de estas últimas.

Las fechas de todas las movibles dependen de la Pascua de Resurrección, que, según el Concilio de Nicea, celebrado el año 325 de nuestra Era, debe tener lugar el domingo siguiente al primer plenilunio después del 20 de Marzo. Lo más pronto que puede presentarse es el 22 de Marzo y lo más tarde el 23 de Abril.

En consecuencia de lo anterior, pasará a transcribir las reglas que se hacen precisas para hallar en qué día de un año será Pascua de Resurrección:

1.º Hallaremos el áureo número de dicho año, para lo cual se añade a dicho año 1 unidad y se divide la suma por 19. El residuo, si lo hay, será el áureo número que buscamos, y en caso de que la división fuese exacta, lo sería el divisor 19.

2.º Buscaremos la epacta del año en cuestión; para ello réstase 1 unidad al áureo número, la diferencia se multiplica por 11 y el reducto se divide por 30. Si la división es inexacta, el residuo disminuido en una unidad, es la exacta, pero si el producto expresado no llega a 30, la epacta será el mismo producto.

3.º Dar a conocer el día en que ocurrirá el primer plenilunio después del 20 de Marzo; se resta la epacta del número fijo 44; el resto será el día del primer plenilunio, a continuación del 20 de Marzo, contando a partir del primero de dicho mes. Pero si la epacta fuese 24 o un número mayor, se resta del número 43 en vez del 44 y la diferencia se cuenta desde el primero de Abril.

El domingo siguiente más próximo a esta fecha, será la Pascua de Resurrección.

Pasaremos a hallar la Pascua de Resurrección del año 1933, para así hacer más práctico el asunto:

Áureo número: $1933 + 1 = 1934 : 19$; el resto 15 es el áureo número.

Epacta: $15 - 1 = 14$, $11 \cdot 14 = 154 : 30$; el resto, $4 - 1 = 3$ epacta.

$44 - 3 = 41 =$ día 10 de Abril, en que ocurrirá el primer plenilunio después del 20 de Marzo.

El domingo siguiente al día 10 de Abril, que es el día 16, corresponde a la Pascua de Resurrección.

Determinada la fecha de la Pascua 63 días antes será el domingo de Septuagésima; 40 días antes de la Pascua, el de Quincuagésima o Carnaval; 14 días antes, el domingo de Pasión, y el inmediato a éste, el de Ramos. Transcurridos 8 días pasada la Pascua, el domingo de Cuasimodo; a los 40 días la Ascensión; 10 días después la Pascua de Pentecostés, el domingo siguiente, la Santísima Trinidad, y el jueves siguiente, es Corpus Christi.

FRANCISCO JAVIER PUJOLS

CRONICAS DE UN SINTRABAJO

Yo no sé si tengo o no lectoras. La verdad es que nunca he escrito especialmente para las mujeres, como no fuesen cartas. Mis crónicas eran casi siempre comentarios políticos, y así esperaba yo que continuasen siendo mucho tiempo. Estos frutos de mi esfuerzo para interpretar la absurda conducta humana aparecían en A B C. Pero un día el A B C cesó bruscamente de publicarse; historia que conoce todo el mundo. Sentí la impresión del albañil bajo cuyos pies cedían las tablas del andamio. Y una angustia económica...; y una tendencia a empaparme en literatura comunista. Examiné atentamente mi situación y mis síntomas, y comprendí la verdad, la amarga y terrible verdad. Yo era un «parado».

Este nuevo carácter que me invadía inesperadamente después de una larguísima e incansable labor me produjo un descontento sin energías, lánguido y molesto como el sopor de una fiebre. Pensé en tender ante mí, en un pasadizo del Metro o en alguna calle propicia, la clásica manta de los «parados». Mi cerebro enfermaba, como las ubres de una vaca sin ordeñar, y me aconsejaba soluciones grotescas...

Y entonces apareció «Actualidades». Fue a ver al director.

—Soy un «sintrabajo»—le dije—. Elaboro una especie de artículos políticos y deseo que me permita escribir aquí.

Pero el periódico no quería saber nada de política. Por otra parte, todas las secciones estaban atendidas ya.

—No me falta más que una página—me explicó el director—, y usted no podrá hacerla. Es la plana de modas.

Quedé un segundo en silencio. Luego apoyé los puños con fuerza en la mesa del director y exclamé con la voz ronca de las decisiones desesperadas:

—¡Yo «hago» modas!

Salí de allí con dos fotografías debajo del brazo. Las mismas que ilustrarán este artículo. Tengo el deber de explicarlas y confío en que sabré hacerlo bien. Pero, por si acaso las lectoras notan algo que las choque en mis afirmaciones, he querido referir los motivos de esta evolución de mis aptitudes.

Y ahora, al asunto.

En la presente temporada, como nos enseña gráficamente la fotografía que tengo el honor de interpretar, ha nacido una moda, que impresionará fuertemente a las señoras. Se trata de estar en la casa de uno con el sombrero puesto. El sombrero va desapareciendo de las calles, primero, porque impide que el sol dé a los rostros el color avellana, tan apreciado hoy por los buenos conocedores; segundo, porque se abolla en los autos cuando se salta sobre un bache, y tercero, porque no permite lucir la ondulación permanente. Pero un tan precluido invento de los hombres no podía quedar totalmente arrumbado, y así, se ha decidido lucirlo en la intimidad del hogar.

Para estos efectos se recomienda muy especialmente los sombreros grandes, que, aunque quizá resulten algo molestos y tropiecen en todas partes, tienen la justificación de que en su casa hace una lo que quiere.

La admiración y la simpatía que despierta en todo el mundo la joven República española por la labor de sus gobernantes y legisladores influye también sutilmente en las creaciones de los modistos, que han lanzado entre una entusiasta acogida la moda que ellos llaman *torador*. Consiste, como puede verse en la misma fotografía, en llevar sobre los hombros una capita muy corta. Pero la gracia de esta prenda, lo que le da carácter y un irresistible atractivo es que, al ponerse-la, hay que ir siempre con una mano en la cadera como los toreros cuando van todos juntos a saludar al presidente. La dama de la fotografía puede servir de modelo a nuestras lectoras si quiere ren ensayar la graciosa postura que tanto ha de rejuvenecer a las señoras de edad que se decidan a adoptarla.

La otra foto es la demostración práctica de cómo se puede hacer un sombrero de una de esas panderetas de madroños que antes se col-

gaban en las paredes y que ahora no sirven para nada, porque ya no hay humor. En el mismo grabado se exhibe el modelo de nariz que se llevará este otoño: prominente y de punta aguda; lo que admite graciosas exageraciones.

Nada más. Creo haber cumplido con mi deber honrada y luminosamente.

W. FERNÁNDEZ FLOREZ

(De «Actualidades».)

EL HOMBRE QUE VIÓ A SAN MIGUEL

Camino del viejo convento de San Bartolomé, pasando el molino, está la ermita de San Miguel, entre viñas y olivares. Si no fuera por la cigüeña que ha hecho su nido en el tejado, apenas se advertiría la espadaña de piedra asomando entre los dos álamos altos plantados ante la puerta. El camino se borra hundido entre las tapias de las viñas. Hay por la cuesta, hasta la cima de Rocaforte, rastros amarillos, donde las pérdidas agazapadas, se burlan de los cazadores que tienen torpe el gatillo después de la veda. Hay también, a uno y otro lado, rojizos hondalanes dispuestos para la siembra de octubre; y resto del pomposo estío, estas viñas con sus gordos racimos negros, entre el verdor espeso y chaparro que ya comienza a dorarse. Huele por todas partes a viñas y a hondalán. Y desde hace días se pueden abrir de par en par los ojos al paisaje limpio, bajo este cielo de plata, claro, terso, sin brumas en la lejana montaña azul, sin reverberos, casi sin distancias.

A la puerta, sentado en su banco, el paralítico Gregorio aguarda a que asomen por el olivar la señora Zoila, la señora Pericentina, doña Matea y las demás devotas que vienen estas tardes a rezar la novena de San Miguel, según el viejo manuscrito de mi tío don Eladio.

Gregorio ha sido el santero de la ermita muchos años. Ahora la santera es su mujer, y las tierras las lleva un sobrino mozo que ha heredado toda la robusta arrogancia de la juventud del tío.

Es curioso lo que le sucedió a Gregorio una noche, víspera de San Miguel in Excelsis.

Era entonces mozo fornido. No había entre los fuertes mozos de la comarca brazo como el suyo ni para lanzar una barra ni para hundir la laya de un golpe.

Por recomendaciones de su mujer le habían dado la santería de la ermita con su olivar, su viña de más de doscientas cepas y sus buenas robadas de huerta junto a la acequia del molino. Vivían en la abundancia. Pero a Gregorio le faltaba la fe. Mejor dicho: Gregorio era buen cristiano; creía en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, en la Virgen de Rocamadour, en San Gregorio, cuya cabeza se venera en un retablo dorado en la parroquia del pueblecito, y en San Bartolomé, que fue Apóstol del Señor y pasó por aquellas mismas espaldas antes que cantara el gallo, según una preciosa oración que rezaba todas las noches y que es eficaz contra los espantos. Pero, en cambio, no creía en San Miguel in Excelsis. No podía creer en aquel ángel pequeñito que estaba en el retablo de la ermita con su espada eternamente levantada sobre un demonio negro y cornudo, siempre amagando y sin dar. Argumentaba con un convencimiento invencible:

—San Miguel no ha podido matar al demonio. Si lo hubiera matado, el demonio no andaría como anda por el mundo tentando a los hombres. Y si no ha podido matar al demonio, ni es arcángel, ni es San Miguel, ni es nada.

En vano su mujer se tapaba las orejas con espanto. No sabía responder a este raciocinio; pero temblaba pensando en el castigo que algún día iba a caer sobre ellos.

Esta noche, víspera de la fiesta, discutían con mayor empeño. Marta había barrido la ermita, la había fregado y sahumado con agua de hierbabuena; luego, con sal y vinagre, había estado toda la tarde bruñendo la coraza del Santo en la pequeña hornacina y el filo de su espada

de latón. Sobre el mantel hueco de almidón había colocado las dos grandes alcarrazas de cobre, pulido como oro, desbordando flores de camamilla. Estaba rendida. Y ahora, mientras cenaban, el marido se le reía con la boca llena.

—Total, para que vengan cuatro viejas a cantar a un santo de madera.

—Mira, Gregorio: San Miguel nos va a castigar.

—Ja; con esa espada de palo que amaga y nunca da. Buenas vivas tenemos este año.

—Siquiera por lo que medramos a su sombra, debías tener respeto.

—Con mi trabajo me lo gano.

—Con tu trabajo y con estas tierras benditas. Que otros también trabajan y se comen los codos.

—Cuando acabe de matar al demonio creeré en San Miguel.

Llamaron a la ventana de la cocina. Estaba lloviendo. Gregorio, con el oído pegado al cristal, percibió un momento el manso chasquido del agua sobre las viñas. Volvieron a llamar.

—¿Quién es?

—Un forastero.

Abrieron. El forastero, calado de agua, se halla extraviado sin duda. Iba de camino, lejos. Era un mozo extraordinariamente pequeñito. Gregorio no pudo contener la carcajada.

—Míralo, Marta, se parece al San Miguel del altar.

—Yo también me llamo Miguel.

—¿Miguel? ¡Ja, ja! Raza de ángeles y de gigantes.

—Sí, Miguel—repitió el forastero, fijando en él una mirada grave.

—Mañana es tu santo, ¿eh?

—Sí, y ahora vamos a festejarlo. Vengo a convidarte.

—Gracias. Está lloviendo, y mi mujer se cae de sueño. Tiempo habrá mañana.

—Deja a tu mujer que duerma. Tú vas a venir conmigo. Coge tu carabina y tu bastón.

Ordenó con tal imperio, que Gregorio, que estaba cenando a dos carrillos, dejó su cuenco de estaño y se levantó.

Salieron. Anduvieron gran trecho bajo la lluvia. Trepaban por cuevas resbaladizas hacia los altos de Galzahorri. El hombre pequeñito iba delante, ligero, seguro de su rumbo.

Pronto llegaron a un llano pelado. Había cesado de llover. La luna, roja y grande, ascendía en tre nubes fugitivas. Una ermita recortaba su espadaña y su tejado de dos vertientes contra el claro lunar. Cosa rara: ¿No era aquella la ermita de San Miguel? Pero ¿cómo en aquel paraje desconocido y yermo? ¿No habían caminado más de una hora cuesta arriba, desde que dejaron a Marta dormida como un lirón, de bruces sobre la mesa?

El forastero no hablaba palabra, y a Gregorio una supersticiosa inquietud le sellaba los labios.

Se abrió la puerta. Sí, aquel era el chirrido familiar de la vieja cancela pintada de bermellón, que tenía siempre su llave enorme y maciza en el ojo de la cerradura. Dentro nada se veía. Pero la tiniebla estaba saturada del denso aroma de las camuesas que la santera tendía para el otoño en los ladrillos del coro.

El hombre pequeñito llegó al altar y encendió una vela. Gregorio quedó yerto de espanto. No había nadie en la hornacina ni arcángel ni diablo. En cambio, una forma monstruosa se revolcaba pesadamente en el centro de la ermita. Era gorda,

colosal. Un vaho rojizo silbaba en sus fauces abiertas. Revolvíanse a un lado y otro los ojos sanguinosos, y su cola erizada de púas batía con furia las losas.

El forastero se volvió a Gregorio desde el altar.

—Mátalo.

El mozo disparó su carabina. La bala rebotó sorda en la epidermis del monstruo.

—Mátalo con el bastón—volvió a ordenar Miguel.

Pero Gregorio no podía moverse; como en las pesadillas, el espanto le había hecho de plomo. Y la bestia, ingente, venía hacia él, alzaba sus garras enormes.

Entonces Gregorio vio cómo el hombre pequeñito se interponía delante, blandiendo una espada en todo igual a la de San Miguel. También su cabellera, un poco desmenelada, y la roja cruz de la coraza que le asomaba bajo el talabarte de caminante, eran como las de la pequeña efigie de la ermita. Y el monstruo se agazapaba enrocando la cola y él levantaba su pie.

La espada fulminó en el aire. Gregorio sintióse agudamente traspasado de dolor. Se llevó las manos al pecho y cayó en tierra como difunto.

Su mujer lo encontró así a la madrugada, al pie del altar, en la ermita vestida de fiesta. No podía moverse. Repelía con los ojos desorbitados:

—Mató al dragón.

Desde entonces está parálítico. Han pasado muchos años. Pero es feliz, porque San Miguel mató al dragón de su incredulidad. Vestido de fiesta, con su limpia camisa blanca y su blusa azul, aguarda a la puerta de la ermita a los fieles que vienen a cantar los gozos del glorioso Arcángel.

JENARO XAVIER VALLEJOS

(De «Ella»).

La flauta mágica

Todas las mañanas, nevase, ventease o hiciese sol, oíamos los vecinos de Villapaleta sonar muy argentadamente las esquilas de las ovejas que llevaba a pastar al monte el pastorcillo Ramonchu. Vosotros creéis, quizá, que este pastorcillo que tanto madrugaba, sin tener miedo al lobo, era un hombre, hecho y derecho, y yo, que estoy aquí para contaros la verdad, he de decir que el pastorcillo Ramonchu era ni más ni menos que un niño de ocho años, los que no eran muy medrados que digamos. A vosotros, que tendréis seguramente unos papás que os cuidan y miman, procurándoos toda clase de comodidades, os extrañará que un niño, a los ocho años, tenga que ganarse la vida de pastor; pero Ramonchu era pastor, porque además de tener unos padres pobres, tenía la desgracia de que más que pobres fueran ignorantes, y en lugar de sacrificarse por su hijo con el fin de que se instruyera y que cuando fuera hombre pudiera ganarse la vida más cómodamente que siendo pastor, no se ocupaban de él y explotaban su infancia haciéndole pastorear a todas las ovejas de los vecinos del lugar.

Salía, ya os lo he dicho, con el alba llevando colgado de un hombro el zurrón, en el que guardaba un pedazo de pan moreno con el que se alimentaba durante el día. Era Ramonchu un niño

en el que la vida montañesa no había podido borrar los signos de una gran inteligencia que llevaba retratada en su semblante. En los ratos de ocio que pasaba con sus ovejas construyese una flauta y con ella entonaba cancioncillas que él mismo componía. Amaba él a su flauta como a sí mismo y desde hacía tiempo creía notar que algunas veces, cuando él se empeñaba en arrancarla las notas de alguna canción que ya había tocado otras veces, en lugar de sonar lo que él quería tocar salían notas completamente distintas. Al principio no se preocupó gran cosa por este fenómeno rarísimo; pero tantas fueron las veces que esto sucedió, que un día se encaró con su flauta y le dijo:

—¿Qué te pasa, flauta mía? ¿Quieres tocar lo que yo toco o contarme maravillas?

Y la flauta le respondió:

—Soy el hada protectora de mi amiguito el pastor. Píde lo que quieras y lo conseguirás.

Ramonchu quedó de momento sin saber qué responder, era tan insólito el hecho de que aquella flauta, que él hizo de una rama de saúco, hablase, que no daba crédito a lo oído; pero se repuso y como era muy listo, contestó:

—Antes de molestar a mi hada buena, he de pensar lo que me conviene pedir.

Aquel día se lo pasó cavilando, cavilando, y por fin, cuando en la cama iba a entregarse al sueño, encontró la idea luminosa que le ayudó a hacer buen uso del don mágico de su flauta encantada. Y cuando el sol empezaba a despuntar por oriente—que, como sabéis es por donde salen todos los astros—, ya Ramonchu había distribuido sus ovejillas por el monte. Sacó entonces su flauta y tocó con ella y al momento se presentó el hada y le dijo:

—Soy el hada protectora de mi amiguito el pastor. Píde lo que quieras y te será concedido.

Ramonchu le dijo con el aplomo de quien tiene muy meditado el asunto:

—Quiero un libro que me enseñe a leer.

En el acto se le presentó un bello silabario en el que cada letra estaba representada por una figurita, y donde, con ayuda del hada, aprendió a conocer las letras y a saber juntarlas para ir formando las sílabas. ¡Y quisiera yo que hubierais podido ver la alegría de Ramonchu al comprobar que sus ovejitas decían la be, cada vez que balaban, tan bien o mejor que él!

Bueno; no os quiero cansar mucho, mis queridos lectorcitos. Ramonchu, haciendo uso del derecho que tenía sobre su flautita, pidió al hada libros y libros, siempre muchos libros. Pidió también pizarra, papel, plumas, en fin, todo lo que se necesita para ir echando de nosotros la ignorancia. Y como era muy listo y tenía muchos deseos de dejar de ser pastor, aprendió mucho y se hizo muy sabio, tanto, que los reyes de todos los reinos le querían consultar en cuanto se les presentaba alguna dificultad en la buena marcha de los negocios de sus Estados. Y claro está que con la fama le llegó la riqueza.

¿Y sabéis, mis queridos lectorcitos, en qué se gasta el dinero el pastor sabio? Pues en regalar libros a los niños pobres y a los pastorcitos ansiosos de saber, para que puedan llegar a ser instruidos como él.

Flautita mágica. Haz que mi cuento les guste a los lectorcitos de este periódico.

ELVIRA IDOET Y ALVAREZ

LOS ILUSOS

Es Manolo un niño muy guapo, muy mono, más tiene un defecto: que es muy fantasioso, muy exagerado, y si aún fuera poco, el primero siempre quiere ser en todo, no por lo educado, no por lo estudioso sino simplemente porque es vanidoso.

Si otro niño cuenta que tienen un loro en casa, él contesta que ellos tienen ocho que vocean, cantan y hablan por los codos. —¡Mi padre es muy rico! dice un pretencioso, y él grita:—En mi casa nadamos en oro. ¿Se habla de talento? ¿Se habla de decoro o de valentía...

o de algo muy gordo? Sus padres y hermanos superan a todos... y esa fantasía llega tan al colmo, que hasta en los defectos que comentan todos, son los de su casa mayor que los otros. Y ensartando tantos embustes de a folio, tan sólo consigue el pasar por tonto, y nadie hace caso de aquel niño estólido que miente a sabiendas porque es vanidoso.

ARIEL

SALDO DE CHISTES MALOS

Juanito está mirando las estampas de un libro muy bonito.

Pedrito, que había porque se lo enseñe, y el otro no quiere, le dice:

—Si yo tuviera un libro como ese, te lo dejaría ver.

—Bueno, pues cuando lo tengas—contesta Juanito—ya me lo enseñarás.

Una niña a quien su mamá ha olvidado en el reparto de la carne durante la comida:

—Mamá, ¿quieres darme un poquitín de sal?

—¿Para qué, hija mía?

—Para echarla en la carne que me vas a dar, si está sosa.

Filosofía de familia.

—Mamá, ¿es verdad que Dios está en todas partes?

—Sí, hija mía.

—Pues yo no lo he visto nunca.

—Figúrate un terrón de azúcar que se derrite en una taza de café.

Imp. de M. Sintes Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(44)

—¿Tiene usted compromiso para este vals?

Era él... ¿Por qué misterioso instinto había comprendido que aquel vals, delicadamente tierno, era el que yo le reservaba?... Pero aún despechada quise vengarme.

—Sí, querido Conde; tengo este y todos los demás bailes comprometidos desde el comienzo de la fiesta.

En sus facciones, animadas un instante, dibujóse una expresión de desaliento y, con voz contrariada, repuso:

—Tengo yo la culpa; debí suponerlo. Una muchacha tan bonita, como usted, tiene siempre peticiones. Más de las que puede conceder.

—¿Qué remedio?... ¡Paciencial! Siéntese tranquilamente y descanse. Es lo mejor que puede hacer—dijele mien-

tras le envolvía en una sonrisa maliciosa.

—No—me contestó agresivo, excitándose—. Lo mejor que puedo hacer no es eso, es ir a buscar al caballero que ha de bailar con usted y rogarle me ceda este vals.

Me miró esperando, quizás, mi anuencia. De repente exclamó:

—¿Y qué hace su pareja que no la reclama? Mire usted, todos bailan.

Y como yo rompiese a reír:

—Usted me ha engañado—dijo—. Enséñeme el carnet.

Hojeó nerviosamente las finísimas hojitas aviteladas y se detuvo en un letrero que decía: *Amoureuse*, vals Boston, Worsley, cuya página estaba en blanco.

—He aquí sin ningún nombre este vals. ¿Qué quiere decir esto?—dijo con los ojos brillantes y la voz ansiosa.

—Eso quiere decir, señor ingrato, señor olvidadizo, que desde el principio del baile guardo para usted este vals que, por lo visto, no tenía gran prisa en pedirme.

Sonrió con los ojos, con la boca, se le iluminó el rostro con una alegría

de chiquillo caprichoso que se sale con la suya, y su brazo elegante me condujo con perfecta desenvoltura al centro del salón, lanzándose seguro en el torbellino de vueltas y revueltas del vals, sin ninguna vacilación, con aplomo, ritmo, gracia y maestría, de un consumado maestro. Al principio tuve miedo de que, mareado por las vueltas del majestuoso baile, perdiere el equilibrio, pero pronto este temor me abandonó; porque Fernando, dueño de sí mismo y siempre grave, circunspecto y honesto en el modo señorial de moverse y conducirse, bailaba admirablemente y conducía con una suavidad y ligereza, que era arte difícil, equilibrado con la mesura y el ritmo del movimiento, siempre sobrio, en la mudanza de los compases.

Nos entregamos al placer de la danza bien ajenos a toda preocupación nociva, atentos a interpretar lo mejor posible los rápidos cambios de la música. Nuestras caras, cerca una de la otra, no expresaban más que el placer inocente de la diversión; acaso el placer de correr a coro con los violines y cantar con ellos una de esas baladas

infantiles en el bullicio del corro de una era.

De pronto noté que me miraba con una expresión errabunda y que sus ojos, que antes recorrían el salón sonriendo a los presentes, se clavaban en mi rostro como puñales y con signos de alarmante inconsciencia. Diríase que miraba en mí a otra mujer y que aquella visión le alucinaba, que aquel recuerdo le enloquecía...

En sus pupilas no había luz de pasión como en los de Ardieta, sino un estupor que me espantaba, una luminaria de odio que me heló la sangre. Y, súbitamente, tuve la maravillosa y consoladora intuición de que aquel odio no era para mí; que la visión atormentante no era otra que la memoria de aquella hermosa mujer que en el marco de un retrato sonreía sobre la mesa de su escritorio. Cerré los ojos un instante, molesta ante aquella desagradable evocación. Cuando los abrí, el rostro de Fernando se había serenado por completo y sus ojos, que esperaban, tal vez, el despertar de los míos, me sonrieron como me sonreían siempre; envueltos en

nimbos de pureza. Como sabían sonreír los ojos del Conde de Fenollar al Hada Alegría.

XII

La Cueva de las Gaviotas

La agitación de los días que precedieron a la fiesta, durante los cuales el Conde fué y vino, subió y bajó y se multiplicó, así como la alegría ficticia que desplegó la noche del baile, causaronle una gran fatiga que hubo de alarmar a todos y más que a nadie al doctor.

Temiendo éste que la mejoría, que había comenzado a iniciarse en su enfermo, después de tres meses de asiduos cuidados, se tradujese en una desconsoladora recaída merced a nuevas excitaciones, demasiado fuertes aún para aquel organismo decaído, prescribió formalmente el más severo régimen de reposo físico y moral.

El joven aparecía ojeroso, pálido, desmadejado; se inclinaba de nuevo hacia adelante y cuando, distraído, dejaba vagar los ojos sombríos con esa mirada imprecisa denotadora de un